

la que esperaban. O ilustres, y bien-aventurados delirios llenos de sentencias! O locuras santas, y prodigas de defengaños!

CAPITULO XXII.

Maravillosa caridad, y compasion del Santo Fray Junipero con los proximos.

LA compasion de las miserias ajenas en Fray Junipero eran centellas, que salian de la encendida fragua del amor divino, en cuyo incendio era continuo sacrificio su coraçon. En viendo vn pobre desnudo de desnudaba, ò parte, ò todo el habito para cubrir su desnudez; y como ya los pobres sabian el genio de su misericordia, acudian à despojarle con mucha frecuencia. Bolviafe al Convento desnudo, y muy contento, porque ya sabia, que le avian de cortar de vestir, cubriendole antes con el oprobrio, que con el habito. Era tanta el ansia que tenia de focorrer à los pobres, que no avia en el Convento alhaja segura de sus manos, y los Frayles guardaban las ropas que tenian para su necesidad, porque si Junipero daba con ellas, las desaparecia para focorrer à otros pobres.

Yà llegò à terminos de que fuesse necesario mandarle por obediencia, que no diese sus ropas, ni las ajenas; pero el simple de Dios, que se ingenia- ba con su ardiente caridad, hallò industria, como sin dexar la obediencia ofendida no quedasse la necesidad de el proximo que xosa. Llegòse vn pobre à pedirle el manto, y dixole: Hermano perdona, que yo no te le puedo dar, porque me ha mandado el Guardian, que no se le de à nadie; pero si tu me le quitares, yo no pienso defenderme, que à mi no me mandò, que no me

estuviesse quieto, si alguno quisiesse desnudarme. Con este salvoconduto, se resolviò el pobre à quitarle el habito, y èl se estuvo como vn cordero. Quando bolviò al Convento, y le vieron desnudo, fue mayor que otras vezes el enojo del Prelado, pareciendole de cierto ser sospechosa la virtud, y sencillez, faltando à la obediencia. Què es esto, le dixo, locaço, aveis dado el habito? Effeno no, guarda, respondiò Fr. Junipero, ni le diera por quanto tiene el mundo. Pues que aveis hecho bestiaza, como venis assi? Yo te lo dirè hermano Guardian, dixo, y no te enojas. A mi llegò vn pobre muy desnudo, y traspasado de frio, si le vieras, te hiziera compasion, pidìome el habito, y yo no quisè darfele, porque tu me lo mandaste, però èl me desnudò, y cierto, que de pura lastima me estuve quedo, èl se le llevò, allà se lo aya, que yo bien cierto es, que no se le diera. Pues barbaro, porque no te defendias? (dixo el Guardian.) Y respondiò: Padre, tu no me lo mandaste, y èl à mi no me hazia mal ninguno, antes me le quitò con mucha paz, que era vn pobrecillo desdichado. Lo mas raro en estos lances era, que vivia tan de parte de la commiseracion, que se admiraba mucho de que le riñessen por estas cosas, que pensaba ser de la obligacion de todos.

Vn dia muy festivo, que estaba el Altar del Convento de San Francisco de Assis con todas las alhajas ricas, que diò el Pontifice Gregorio Nono, el Sacristan al tiempo de irse à comer, encomendò à Fr. Junipero, que quedasse en guarda del Altar. Pusose en Oracion, y llegò vna vejezuela à pedirle limosna, diciendo: que passaban extrema necesidad ella, y vnos nietecillos que tenia. Oyòla con tal compasion, que vertiò muchas lagrimas, y enjugandose los ojos se puso à mirar, si avria algo por allí que poder darla; y reparò, que en las orlas del velo del

Al-

Altar, que era muy precioso, avia vnas campanillas de plata pendientes; pareciòle, que allí estaban sobradas, y erã mas ruido, que para provecho, y quitòlas à toda prisa, y diòselas diziendo, que se fuesse muy presto, porque si viniessè el Sacristan no se las quitasse, que era de recia condicion. Assi lo hizo la vieja, y viniendo el Sacristan echò menos las campanillas: dixole muchos horrores, y pesares, y fuesse à dar cuenta al General, que era Fr. Juan Parente, del disparate, y grave daño, que avia hecho Fr. Junipero en vna alhaja tan preciosa. Dixole el General, mas simple, mas fatuo eres tu que Fr. Junipero, pues le vãs à fiar las alhajas de la Sacristia, sabiendo que es vn ladron piadoso, de cuyas manos no ay en casa cosa segura; però vete en paz, que yo prometo, que esta locura no quede sin castigo. Llamò à Capitulo el General despues de Visperas, y sacando à Fr. Junipero à culpas, le mandò dar vna recia disciplina, y le afeò sus simplicidades, con tal fervor, y tan crecidas voces, que se puso ronco, y no podia hablar palabra. A Fray Junipero nada le dolia menos, que sus açotes, y pesares, y solo le tenia de ver, que su General se huviesse puesto ronco.

Saliò del Capitulo, y lastimado de su General se puso à discurrir seriamente, que medio tomaria para quitarle la ronquera, y ablandarle el pecho; y valiendose de las noticias de quando fue Enfermero en Porciunculla, compuso vna bebida, ò jarave, para que tomandole à prima noche se abrigasse, y rebrandeciendose el pecho, se le pudiesse la voz clara. Con la escudilla del jarave en vna mano, y vna candela encendida en la otra, tocò à la puerta de la celda; y diziendole al General ser Fr. Junipero el que llamaba, le despidiò tratandole de loco, mas èl porfiò tanto, que le huvieron de abrir la puerta. Quando el General le viò

Parte I.

muy enfaldado, ocupadas las manos con la escudilla, y candela, y en forma tan ridicula, le dixo: Barbaro, tonto, que nos quieres? Hermano, respondiò, no te enojas, que vengò à darte muchas gracias por la caridad que me hiziste en el Capitulo, dando à mis grandes culpas mucho menor pena, que merecian: lo que me pesò mucho fue, de que aunque con tanta razon diesses tales voces, que se te cerrasse el pecho, y se enronqueciesse la voz; però aquí te traygo vna bebida linda, y muy provechosa para el pecho, y te ruego por amor de Dios, que la tomes, y veras que blando, y claro te se pone. El General irritado le dixo: Andavete loco, no me pruebes la paciencia. Ea Padre, replicaba Fr. Junipero, no seas terrible, tomala, y antes que se enfrie, porque si se enfria, no será de provecho. Echenme de ai esse loco, dezia el General, que tiene traza de enloquecernos à todos. Pues si no quieres tomarla, dixo Junipero, tèn por lo menos en la mano esta candela, que yo la tomarè antes que se enfrie, que será lastima que se pierda; tomò la candela el General, ya sin enojo, y con risa; y viendo la prisa que se daba à sorber Junipero, le dixo: Si esto ha de ser, vete despacio, y aya para todos. O como me huelgo, que la tomes, hermano General, porque te aseguro, que està famosa, y verás, que claro se te pone con ella el pecho. Tomaron entre los dos la bebida, y el General pasmado de tan estraña cande- dez, como Varon, que era discretisimo, y de grande espiritu, dixo à los demás: quando las almas llegan à este estado de sencillez, tocan en el apice de la perfeccion: por estos dixo San Pablo, que lo que para el mundo es necesidad, y delirio, es para Dios cordura, y sabiduria.

(50)

Hhh

CA-

CAPITULO XXIII.

De la admirable caridad que tenia con los enfermos.

EL Glorioso S. Francisco viendo à Fr. Junipero tan compasivo, y diligente en socorrer las necesidades ajenas, le pareció ser muy à propósito para la Enfermeria, y dióle este oficio en el Convento de Porciuncula, en cuyo cumplimiento descubrió bien los fervores de su abraçada caridad. Tenia entre otros à su cuidado vn enfermo, q̄ tenia muy postradas las ganas de comer; y el Santo se desvelaba mucho en buscar medios, y saynetes para dispartar su apetito, y no los hallava, porq̄ era extremada su inapetencia. Dixole vn dia, hermano, mucho me pesa verte tan desganado, es posible, q̄ no te se antoja algo, con que vençamos esse hastio? Lo que me parece q̄ comiera bien, dixo el enfermo, fuera vn pie de puerco con vn poco de agrio. Ea, pues, dixo Junipero, dexalo à mi cuenta, que yo te cumplirè el antojo. Tomò vn cuchillo, y salió al campo donde pastaba la piara de los cerduos, entrò se por ella, y echò mano del que le pareció mejor, y mas grueso, y bregando con èl, no sin riesgo de los colmillos, le cortò vn pie, y con gran paz, y alegría se bolvió al Convento. Acudiò la guarda al gruñido del desventurado puerco, y visto el destrozo que en èl avia hecho el Frayle, se fue en seguimiento suyo, llamandole ladrón, y otras injurias. A estas voces se juntò gente, y entre ella el dueño de la res herida, à quien còtò todo el caso. El hombre furioso partiò al Convento, diciendo de los Frayles mil oprobrios. A la destemplança de las voces baxaron los Frayles, y el Glorioso San Francisco entre ellos à ver si podian acallar al hombre, y saber en què se fundaban quejas tan

sangrientas. Què maldad es esta, dezia el hombre? Como se permiten latrocinios tan descubiertos? Estos son los Santos? Hypocritones embusteros los llamàran mejor, de quien nadie tiene seguras sus haziendas. Procurò el Santo Patriarca, qual fuesse su agravio, y quien avia sido el agressor, y declaròle, que Fr. Junipero, de quien pensaba querellar criminalmente; y dexòle lleno de confusion con la palabra en la boca. Admirado el Santo, y compadecido de ver escandalizados à sus hijos, mandò llamar al Enfermero, de cuya bondad no podia persuadirse à tanta malicia como ponderaba el querellante. Ven acà Fray Junipero, le dixo: Has sido tu por ventura, quien cortaste en el campo el pie à vn cerduo? Y èl respondió muy sin alteracion: Si Padre, y no me costò muy poco trabajo, que muy bien se defendia, y tiraba à morirme. Pues como hiziste tal exceso? Replicò el Santo: Es posible, que por tus simplicidades ayas de ocasionar en tus hermanos tanta confusion, en esse hombre tan justos enojos, y en toda la Ciudad tanto escandalo? Dezianle tambien los Frayles muchos pesares, y el buen Junipero se los miraba, sin acabar de entender, què causa huviesse para conmocion tan ruydosa, y dixo, hablando con San Francisco: Padre, yo estoy admirado tanto de las quejas de esse buen hombre, como de tu enojo, y el de mis hermanos. Què delito he cometido en valermè de los bienes que Dios tiene en el mundo para servicio de los hombres, y socorrer con ellos à vn pobre enfermo, que està en vna cama postrada la gana de el comer? Si al triste se le antojò vn pie de puerco, se le avia yo de negar? Si el hombre que nos vino à dár voces, tuviera entrañas de piedad, diera muchas gracias à Dios, de que tan à poca costa suya se huviesse remediado vna necesidad tan extrema. Si èl fuera

quiera el gusto con que le comió mi enfermo, y le viera tan mejorado, como oy està de su hastio, no diera tantos gritos por el pie de su puerco. Piença que no me hizo à mi uucha lastima su dolor, pues cierto que se engaña; pero los animalitos los criò Dios para el regalo del hombre, y acudiò mi compasion à su necesidad. Aun mas que el enojo de este hombre estraño el nuestro hermanos míos: por ventura no es obra de misericordia acudir à los enfermos, y socorrerlos en su necesidad? Esta es la que tiene dominio absoluto sobre todo, y quien à vista de la necesidad del proximo encoge la mano, es ladrón de lo que no dà para el socorro, y este se debe hazer, y buscar vengas de donde viniere.

Como la razon no quiere mas fuerza, que dexarse ver, y la de Fr. Junipero estava tan de parte de la verdad, y tan medida al genio del Glorioso Patriarca, se diò por satisfecho, pero le dixo: Hermano Fr. Junipero, los seculares entienden mas de sus intereses, que de las delicadezes, y maximas de la caridad: por tanto busca à esse hombre, que està con nosotros terrible, y ofendido, y pidele perdon, procurando con humildad desvanecer el escandalo, que ha ocasionado su queja, y tu boberia. Fuese Junipero, buscò al hombre, y postrado à sus pies le dixo: Yo soy aquel ladrón, que cortò el pie à tu puerco, pero lo hize por cumplir el antojo de vn pobre Frayle, que estava moribundo. El hombre furioso se irritò mucho mas con su presencia; dixole muchos oprobrios, que oyò el Santo con gran mansedumbre; y aunque le estropeaba con empellones, y puntapiés, no se quiso levantar del suelo, y dezia: No te cançes, que yo no me he de levantar de aqui, hasta que me perdones; pero cierto, cierto que tienes poca razon, en estar tan enojado, porque con los bienes que Dios liberal te ha dado, se aya so-

corrido à vn pobre enfermo. Todo tu error està en que tienes por tuyo lo q̄ es de Dios; y sino se lo dieres en sus pobres, te castigarà como à infiel depositario. Una obra de caridad la has hecho que sea escandalo con la destemplança de tus quejas, y de tus iras: con esto has perdido el puerco, y la paciencia, y solo te duele la perdida del animal, y no la de la virtud. Trata de darle mas à Dios, si quieres que Dios te dê mas, y no te quite lo que te ha dado. Oyendo el hõbre sentencias tan avifadas, y avisos tan sentenciosos de la boca de vn simple, se còpungió, y levantando à Fr. Junipero del suelo, le diò amigablemente los braços, y ofreció dár cúplida satisfacion de los oprobrios que avia dicho contra los Frayles, protestando no sin lagrimas su arrepetimiento. Despidió al siervo de Dios, y al punto mandò matar al animal herido, y que adereçado en toda forma le llevassen al Convento, rogando con muchas instancias se le comiesse los Frayles, y rogassèn al Señor le perdonasse las injurias, que avia dicho contra los Santos, de quien ofrecia ser mientras le durasse la vida bienhechor, y devoto.

CAPITULO XXIV.

Admirable, y continua Oracion de Fr.

Junipero, y zelo de que todos

la tuviesse.

VIVIA Fr. Junipero tan dedicado al estudio de la Santa Oracion, que solo quisiera el tiempo para emplearle en este exercicio; y en todo lo demás, que no fuesse ocuparse en obras de misericordia con necesitados, ò con enfermos, le parecia que le desperdiciaba. Davale mucha pena ver à los oficiales del Convento, como son Cozineros, y otros, tan atareados en sus oficios, que huviesse de galtar en su asistencia la mayor parte